

Teoría psicoanalítica¹ y la vida política

Leo Rangell²

(Traducción Rómulo Lander)

Con respecto a la aplicación del conocimiento psicoanalítico a los variados aspectos de la vida humana, podemos decir que la “arena política” ha sido siempre la hijastra del análisis aplicado. Mientras se ha utilizado el conocimiento psicoanalítico para explorar libremente los diversos campos de la expresión humana en el arte, la literatura, la música y la biografía, encontramos que la historia psicopolítica ha evolucionado a un paso muy irregular, ubicándose virtualmente fuera de los límites de este campo de estudio.

En parte esto era debido a la aversión temprana de Freud al “análisis salvaje” y a su deseo a ser aceptado en la familia de las ciencias. Las intensas emociones asociadas a la política parecieran requerir especialmente de la lente psicoanalítica; sin embargo, esa misma intensidad emocional produjo el efecto contrario y mantuvo alejada la visión analítica de la vida política y de sus efectos.

Un evento definitivo que solidificó esta situación ocurrió en 1964 cuando un mil cien psiquiatras de Estados Unidos respondieron a una encuesta afirmando que el senador Barry Goldwater no estaba preparado para ejercer la Presidencia de la nación. La turbación y la vergüenza que esto produjo en la Asociación Psiquiátrica y en la Asociación Psicoanalítica americanas produjeron un alejamiento fóbico al estudio del tema político durante muchos años.

¹ Ponencia presentada en el 45° Congreso de la International Psychoanalytical Association, Berlín, julio 2007.

² Miembro de la Asociación Psicoanalítica Americana (APA) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

Mi propia naturaleza se opuso a esa tendencia de aislamiento. Mi interés inicial en los pacientes individuales, que como neurólogo me llevó eventualmente al psicoanálisis, coincidió con mi incomodidad al observar la enorme magnitud de la psicopatología que se mostraba en el ambiente social de la época. Me refiero a la psicología naciente del fascismo durante los años 30 en Alemania, Italia y España.

Como un recién graduado este interés mío no menguó, sino al contrario aumentó, especialmente cuando me encontré inmerso en la opresiva era de McCarthy durante los años 50. Más que la tradicional demagogia mostrada por él, lo que más me movió fue la afectividad y los sentimientos que mostraba el público durante este drama nacional. Lo que yo registré como un observador psicoanalítico fue la misma pasividad e inmovilidad del gran público. La misma que me había golpeado fuertemente antes de la guerra en la escena política internacional. El mismo temor, la misma pasividad y la misma complacencia. Este segmento de la historia pública incluyó el conocimiento de la presencia y del carácter de Richard Nixon, quien entonces era consejero personal del senador McCarthy.

Yo señalaría que este asunto apunta no sólo al concepto de la “torre de marfil” en la cual usualmente se ubica al psicoanalista, sino que también apunta a los hombros del propio Freud. Si Freud no hubiera elaborado tanto como lo hizo en la psicopatología individual, sus contribuciones a la psicología de los grupos lo habrían calificado tanto más para mayor grandeza. Es más, la traducción original de su trabajo seminal “Psicología de grupo” se habría traducido con más precisión como “Psicología de las masas”.

En las siguientes dos décadas como presidente de nuestras dos organizaciones psicoanalíticas más grandes: la Asociación Psicoanalítica Americana en los años 60 y la Asociación Psicoanalítica Internacional en los años 70, viví una intensa vida política como un activo observador-participante. Mantuve una posición de observador en dos líneas. Una dirigida a la observación de los pacientes individuales y la otra conectada con la intensa afectividad y emociones de los grupos más grandes. Eso me fortificó. Una conexión entre ambas líneas de observación aparece con la experiencia de la multiplicidad de transferencias, positivas y negativas. Me di cuenta de que ambos tipos tienen sus peligros. Empecé a darme clara cuenta de la situación en que se puede encontrar un líder nacional.

La presentación de mi discurso presidencial a la entrega del cargo en París, en 1973, coincidió con el momento crucial de las investigaciones del famoso caso Watergate en Washington. Así como las observaciones individuales nos llevaron a formular la teoría de las neurosis, las observa-

ciones de la conducta de las masas o de la conducta indebida de las masas me llevaron a formular el *síndrome del compromiso de la integridad*, que introduje en ese discurso presidencial como una contribución a la teoría de las masas, equivalente o similar a lo que encontramos en las neurosis individuales.

Mi subsiguiente libro *La mente de Watergate* no era el estudio de un hombre, del presidente Nixon, sino más bien el estudio de la población que lo eligió Presidente, después de Watergate, con la segunda votación más numerosa en toda la historia electoral. Además, esto ocurrió un cuarto de siglo después de que su nombre había sido conocido y popularizado como el “tramposo Dick” y además seis meses después de ocurrido el crimen de Watergate que lo involucró a él directamente. Esto no me dice nada del individuo elegido, sino mucho sobre el proceso mental del electorado que lo elige nuevamente.

Los conflictos morales son tan comunes como los conflictos instintivos. Los conflictos entre el Yo y el Superyó corresponden con aquellos que encontramos entre el Yo y el Ello, el uno produce neurosis y el otro el conflicto de integridad.

En el mundo político de hoy, no es solamente el problema de la ansiedad como la neurosis dominante en el “Siglo de Freud”. Los problemas de la integridad constituyen una preocupación más importante. La combinación de los dos es lo que prevalece en el mundo político de hoy, eso lo observamos en las noticias diarias que aparecen en los medios de comunicación. Todos los días hay un escándalo que involucra cada aspecto de la vida, a nivel del grupo social, negocios, vida académica, las ciencias, las artes y también en el psicoanálisis. Los escándalos en las noticias diarias sobrepasan lo que yo veo en mi consultorio todos los días. Si la neurosis fue el síndrome del siglo que ya terminó, yo afirmo que una mezcla de esa neurosis con la corrupción, la demagogia y otras formas del “conflicto de integridad” serán la característica del siglo que recién comienza.

En la política nacional y en las relaciones internacionales de hoy en día, los individuos con patología mental grave no son aquellos que padecen de una conversión o de otros desórdenes histéricos o neuróticos de otro tipo, sino aquellos que sufren de la “falta de integridad” o de un adecuado control de Superyó. Las debilidades y los problemas del carácter de los líderes políticos que son influyentes, y por lo tanto capaces de provocar angustia en sus propios países, no están predominantemente del lado de las neurosis, sino del lado de la “falta de integridad”, en donde estos líderes abren y violan la integridad de maneras muy variadas y creativas.

Así como Freud agregó el “instinto agresivo” durante la experiencia de la Segunda Guerra Mundial, nosotros podemos agregar en el siglo actual el “conflicto de integridad”. Así como las observaciones individuales ofrecieron los elementos para la teoría analítica clásica, los estudios de la patología del grupo han ofrecido los nuevos datos para extender esa teoría. Al trabajo de Freud llamado “Psicopatología de vida cotidiana” y al trabajo más atrevido de Shengold titulado “Los delirios de la vida cotidiana”, nosotros le podemos agregar hoy “Las transacciones con la integridad en la vida cotidiana”. Así vemos cómo cada vez la vida sólo crece en forma más compleja.

Mis observaciones analíticas al gran mundo han continuado aun después de terminados mis dos períodos presidenciales. La voz que tiene más peso para tomar acciones no es la del líder, sino la de los seguidores. Es en la base de la pirámide de la población donde encontramos la fuerza y dirección a las acciones tomadas. En el centro de la pirámide la prensa que comunica entre los segmentos superiores e inferiores está y al mismo tiempo influye en los dos, en acuerdo con sus propios intereses. Recientemente, un dibujo animado pintó a Bush como un muchacho explorador líder en una canoa, mirando a los otros muchachos exploradores que lo siguen atrás en otras canoas, él les dice: “yo no los dirigí mal, fueron ustedes quienes me dirigieron mal”.

Recientemente estudié los efectos que tiene la opinión pública sobre los conflictos nacionales que son muy visibles. El público consigue lo que quiere, consigue más de lo que cree y más de lo que admite. La explicación está en el inconsciente, tal como ocurre en psicología individual. Si nosotros repensamos sobre los diversos juicios del siglo, como los que se siguieron a: Dreyfus, Sacco y Vanzetti, Leopold Loeb y el más reciente a O.J. Simpson, encontramos que todos ellos nos resultan en una vergüenza, y más aún, más recientemente, las elecciones del proceso Bush-Gore. Cada resultado revela el *zeitgeist*, es decir, “el espíritu de su tiempo”. En el fondo eso fue lo que determinó cada uno de esos veredictos. También debemos recordar y reflexionar sobre el *zeitgeist* en el caso Hitler, cuando éste estaba siendo juramentado como canciller de Alemania el día 30 de enero de 1933.

Mientras los resultados más desastrosos siguen y son una consecuencia de la *pasividad pública* en un Estado totalitario, la democracia no escapa a este hallazgo empírico. En mi estudio de opinión pública he encontrado que durante los eventos que han estado muy cargados de afectividad y angustia —comenzando por la ratificación a la Corte Suprema de Justicia de un miembro que supuestamente había abusado de una colega, pasando por el juicio de asesinato de un héroe de fútbol afroamericano, a la elección de

un Presidente, cuando el resultado final está cabeza a cabeza—, los resultados inesperados que surgen se pueden entender mejor al mirar nuestra teoría de la mente.

Los deseos reprimidos y actitudes de las masas tienen mucho que decir en los resultados de la historia, tanto o más que las funciones racionales del yo colectivo. Mientras el evento más espantoso en la historia reciente, en donde también aplicamos esta hipótesis y que además se puede sentir y recordar en esta ciudad en la cual estamos reunidos (Berlín), uno no se puede quedar tranquilo con la idea de que esto se encuentra geográficamente limitado. Es muy evidente que la dinámica de la aceptación con su crucial pasividad grupal, causada por una influencia de lo irracional, es endémica en la vida de los grupos.

Las neurosis abiertas no son los fenómenos endémicos en la vida humana subjetiva de hoy en día. Éstos son sobrepasados por una corrosión continuada del Superyó, en los individuos y en la masa, produciendo una cultura de la hipocresía de una variedad muda, que es ego-sintónica con la vida diaria de cada democracia civilizada en la historia moderna. Las neurosis y psicosis se encuentran muy juntas (en sus bordes) en la escena psico-socio-política de hoy en día, en donde se muestran en sus límites la torcedura de las reglas y la sociopatía con una clara criminalidad.

El grupo y el individuo se solapan en sus características. La división de mitad y mitad, muy común en la mayoría de los problemas públicos —por ejemplo Bush fue elegido dos veces a través de 50,01 por ciento, la Corte Suprema decide por una votación de 5-4, la mayoría de las elecciones muestra este fenómeno de mitad y mitad—, representa la división que existe en cada individuo: egocentrismo versus otreidad, narcisismo versus altruismo, amor versus odio. De lo bueno y lo malo, Solzhenitsyn escribió, citando a un proverbio ruso lo siguiente:

... es un temblor. Si fuera sólo tan simple. Si hubiera en alguna parte sólo insidiosamente personas malas cometiendo hechos malos y sólo fuera necesario separarlos del resto de nosotros y destruirlos. Pero la línea que divide lo bueno de lo malo pasa a través del corazón de cada ser humano. Y ¿quién estará deseoso de destruir un pedazo de su propio corazón?

¿Qué podemos hacer? Seguramente ofrecer un tratamiento. Al final, las personas están más interesadas en eso que en elucubraciones teóricas. ¿Un tratamiento para la psicopatía? Éste ha sido por mucho tiempo el último desafío y hasta ahora sin éxito.

¿Cómo se trata o incluso se evalúa la mente de una nación? ¿Puede una nación pensar, sentir y discutir? La respuesta que yo proporcioné a esta pregunta, en una Conferencia de Volkan hace unos años, iba en el sentido afirmativo. Hay un carácter nacional. El inglés es diferente del italiano; los dos son diferentes de los escandinavos. Una nación se lamenta, sufre, tiene una opinión dominante. Tony Blair fue extremadamente popular por un cierto tiempo y después necesita renunciar. Un país habla.

Un grupo y un individuo no son de hecho completamente diferentes en sus tribulaciones psicológicas. Cada persona en el diván trae con él un grupo: las representaciones de objeto introyectadas, con quienes él relaciona cada momento. Y cada grupo actúa como una entidad compuesta, a través de sus acciones, o a través de su líder o representante, el ejecutivo como su portavoz, el Ego para el grupo.

Hay también diferencias, sin embargo. El Ego de un individuo habla con autoridad segura por la persona entera. El portavoz del grupo no habla por todos. Ningún individuo es responsable por las acciones de un grupo. Sin embargo, la participación aumentada del público en las decisiones tomadas (en las sociedades democráticas) aumenta su responsabilidad por las acciones tomadas por el grupo.

¿Cómo trata uno la psicopatología de una masa? Existen las mismas limitaciones, pero también, quizá, las mismas oportunidades que existen en el individuo. Aunque entendemos, incluso en individuos, la limitación en la capacidad terapéutica de la teoría psicoanalítica, los esfuerzos van dirigidos a los conflictos entre los grupos. Mientras el Ego del individuo está directamente disponible para una alianza terapéutica, un acercamiento a un grupo sólo puede hacerse a través de las unidades grupales más grandes. El superagente para semejante esfuerzo parecería ser las Naciones Unidas. La Asociación Psicoanalítica Internacional, y estoy contento de hacerlo notar, dispone de esta posibilidad a través de un comité encabezado por la doctora Afaz Mahfouz.

Las lecciones del diván pertenecen al mundo. Lo nuestro es el psicoanálisis, no la sociología, economía o estrategia del ejército. El compás que nos guía es la voz de la razón, el predominio de la racionalidad del Ego en los asuntos humanos. Nuestra especialidad no está en determinar lo que es correcto o incorrecto, para eso nosotros necesitamos sentarnos a la mesa con todos los otros científicos sociales. Pero nosotros podemos ofrecer una opinión especializada en nuestra área: descubrir y rectificar decepciones basadas en valores previamente establecidos, distorsiones que se consideran exageradas para nosotros y para otros.

De hecho, en las formas más difundidas y malignas de este espectro psicopatológico, el tratamiento de la masa es teóricamente más accesible y posible que el que encontramos en el análisis individual. Es a través de la educación basada en los principios psicoanalíticos, frente a los neonazis a lo largo de la Europa actual, los carteles de droga en Colombia, la mafia en New Jersey o incluso el terrorismo que se encuentra en todos lados, como encontraremos alguna esperanza. Será a través de la educación y la acción basada en principios psicoanalíticos aplicados en larga escala que aparecerá la esperanza.

Esta posición para los años 2000 no significa un volver a valores morales del Hartmann de 1939. Apoyado por la mayoría de los analistas de mediados del siglo XX, la norma central de la actitud analítica era la de no hacer ningún juicio de valor por parte del analista, ampliamente mal interpretada como si el analista no tiene valores. Es más bien una redefinición de un faltante en la teoría, una modificación y expansión aparecida a través de la experiencia. Permanece de acuerdo con el *dictum* que Anna Freud hiciera en 1936, de la equidistancia entre las estructuras psíquicas. El ego vuelve su vista de la izquierda donde está el *id* para corregir al *superego* que está a la derecha. (Haga cada uno de ustedes lo que le plazca con el simbolismo de las dos direcciones.)

Mientras nuestro consejo administrativo de la Asociación Psicoanalítica Internacional sea científico, su peso es moral. En la división que parece escindir al mundo, agrega y está en el lado de la fuerza moral.